

separada de nosotros, aparece, al mismo tiempo, como una raíz indispensable de nuestra propia especificación frente a las culturas de otros países. Es decir, lo indígena se encarga de recordarnos nuestra especificidad frente a lo ajeno”.

El maestro Agustín Yáñez en su obra “Mitos Indígenas” robustece estas ideas cuando dice: “Perdura aún en nosotros el alma india con sus secretos, y -a pesar de su lejanía- subsiste dentro del alma nacional. Por eso, lejos de aniquilarla, habría de encontrarse en ella una de las fuentes de lo mexicano. La religión, el arte primitivo, sus formas lingüísticas, su cultura en general, todo da testimonio de la mexicanidad”.

José María Luis Mora que nunca fue un señalado indigenista y que por el contrario, en su tiempo se preocupó por demostrar la “limpieza” de su sangre, tuvo una frase reivindicante cuando dijo: “Podemos no llevar lo indio en la carne, pero siempre lo llevaremos como huella profunda en el espíritu”.

Hay una tendencia contemporánea en México que se inició después de la Revolución, de mostrar con alarde nuestras raíces culturales indígenas. Exhibimos con orgullo los centros arqueológicos de Teotihuacan, Palenque, Chichen-Itza, Montealbán y todos los demás; ostentamos con mucho honor la presencia india en los murales de Diego Rivera, en el espléndido Museo de Antropología, en la Ciudad Universitaria, en los Edificios Públicos y los mostramos como una prueba de la grandeza original de la cultura mexicana. Nos recreamos en las glorias de los indios de ayer y nos honra sabernos herederos suyos, pero, ¿cuánto hemos hecho por los indios de hoy que, en todo caso, son sus más directos descendientes?

En ese gran esfuerzo histórico que para los mexicanos ha significado la búsqueda de lo propio, no porque nunca lo hayamos tenido, sino porque nos lo escamotearon en el brutal choque de culturas durante la Conquista creándose un conflicto de identidad que aún persiste, debemos tener siempre presentes la parábola de Alfonso Reyes: “No hubo mestizaje cultural, porque la nuestra fue aniquilada. Fue el choque del jarro con el caldero; el jarro era más fino y hermoso, pero más quebradizo”.

Al tratar de recuperar los fundamentos de nuestra cultura original no pretendemos recoger y pegar los pedazos del fino jarro que quebró el caldero de los conquistadores. Los retrocesos históricos no sólo son absurdos, sino imposibles. Con la portentosa herencia que nos legaron quienes fundaron la más grandiosa civilización de este Continente y que en algunos aspectos rivaliza con la de todos los demás mundos, tenemos nuestros propios potenciales para elaborar mejores “jarros”, que sean, esencialmente, la expresión del espíritu de nuestra raza y que contenga la visión estoica, humanista y noble que han distinguido al pueblo mexicano en el dramático proceso de su historia. ¿Que la cultura debe ser universal? ¡Por supuesto! pero a partir de lo nuestro. Los pueblos que han antepuesto como antítesis los términos de raza y cultura han fracasado, y los que, no obstante eso, han logrado prosperar, ha sido a costa de la pérdida de su identidad y han caído en una inevitable desintegración social.

El progreso cultural de los grupos indígenas de México se ha enfrentado desde hace mucho tiempo a una situación contradictoria. Por un lado, el interés de conservar

lo propio y original del indio, y por el otro, la conveniencia de hacerlo progresar para que abandone su proverbial aislamiento y voluntariamente se incorpore al avance del resto del país con la gradualidad que cada caso requiera. Lamentablemente, los mayores intentos que se han hecho en este sentido resultaron frustrados, porque se cometió el error de querer incorporar al indio a la civilización occidental, en la que está inspirada la educación general en nuestra patria, con el insensato fin de desindianarlo. Los indígenas rechazaron ese intento y le dieron la espalda a cualquier proyecto que implicara negarse a sí mismos. Ni siquiera aceptaron la castellanización y perseveraron en sus dialectos y costumbres ancestrales.

Guillermo Bonfil Batalla en su interesante libro “México Profundo” se solidariza con don Manuel Gamio en el planteamiento de un proceso específico para la integración cultural del indio que consistiría básicamente en descartar todo programa que pretendiera su “occidentalización” de golpe o violentamente. Los programas educativos deberían respetar las peculiaridades de su cultura, y tratar de hacerlos progresar sin imponerles conocimientos radicalmente extraños que pudieran significar un atentado a sus tradiciones, e intentar adaptar sus sistemas sociales y su organización política a lineamientos que no les fueran completamente antagónicos. La evolución debería de ser pausada, sin violencias. Gamio fue concluyente: “el indígena no puede incorporarse de golpe a la civilización moderna como el niño no puede transformarse en adulto de la noche a la mañana. Para comprenderlos mejor debemos forjarnos temporalmente un alma indígena. Es decir, indianizarnos”.

Bonfil Batalla insiste: “Entre las culturas de estirpe mesoamericana y la civilización occidental -que nos viene de Europa- no ha habido nunca convergencia, sino oposición. La razón es simple y es una sola; los grupos sociales que han detentado el poder político, económico e ideológico desde la Conquista hasta el día de hoy, afiliados por herencia o por circunstancia a la civilización occidental, han sostenido siempre proyectos históricos en los que no hay cabida para las civilizaciones indígenas . . . La mentalidad heredada del colonizador no permite ver o inventar cualquier otro camino: la civilización mesoamericana, o se da por muerta, o debe morir cuanto antes, dada su indiscutible inferioridad. Por todo ello, los proyectos de unificación cultural nunca han propuesto la unidad a partir de la creación de una nueva civilización que sea síntesis de ambas, sino a partir de la eliminación de la mesoamericana y la generalización de la otra . . . Lo que se ha propuesto como cultura nacional en los diversos momentos de la historia mexicana puede entenderse como una aspiración permanente por dejar de ser lo que somos. Es decir, consiste en imponer un modelo ajeno, distante, que elimine la diversidad cultural y logre la unidad a partir de la supresión de lo existente; o sea, dejar de ser lo que se es, para ser otro”.<sup>1</sup>

Luis Villoro, por su parte, en un intento de penetrar en el alma de los indios a través de sus manifestaciones artísticas dice: “No existen artes bárbaras e inferiores; los estilos artísticos no son mejores ni peores, sino diferentes. Por ello no podemos

<sup>1</sup> México Profundo. Págs. 101 y ss. Ed. Grijalbo. 1990

las enmiendas necesarias a fin de darle el verdadero sentido de justicia social que históricamente merecen. En el ramo de la educación es donde más deben incidir dichas reformas; universalizar al indio sin dejar de respetar sus raigambres culturales. No es tarea fácil. 500 años de resistencia lingüística y cultural no pueden desestimarse, mucho menos eludirse. Los etnógrafos de la educación que han creído comprender al indio conviviendo con él en sus comunidades por algún tiempo, se han equivocado. Han sido tantos sus sufrimientos y las transformaciones de su espíritu a través de los siglos que resulta difícil para un extraño entender su comportamiento; y si no se le comprende ¿cómo pueden elaborarse programas educativos específicos con pretensiones de éxito?

Tal vez sería conveniente revivir aquél antiguo proyecto educacional de extraer de las comunidades indígenas algunos de sus mejores elementos y proporcionarles la preparación cultural adecuada al fin de que al regresar a sus lugares de origen, transmitieran sus conocimientos a sus hermanos de raza en la forma y términos que sus tradiciones lo admitieran.

En el nuevo encuentro de dos mundos, el del México indiano y el del México occidentalizado, que las reformas al artículo 4o. constitucional han propiciado al reconocer la composición pluricultural de nuestra nación, no debe haber otro choque de culturas como el de la Conquista, sino una positiva integración cultural. Para ello es necesario partir de la premisa de que el cambio que se desea en las comunidades indígenas puede proponerse desde afuera, pero debe realizarse desde adentro.

No es fácil superar siglos de atraso, ni sensato tratar de imitar procedimientos de los países capitalistas más grandes del mundo, pues muchos de ellos, no obstante su progreso, no han logrado ni la paz social, ni la eliminación total de la pobreza, y sí, en cambio, han mostrado significativas crisis de descomposición interna.

México tiene sus propios caminos. Los que le ha señalado su proceso histórico. El viejo adagio enseña: "Cuando no sepas que camino tomar, voltear hacia atrás y mira de donde vienes". Somos un pueblo que ha sufrido todas las experiencias imaginables. En todas ellas hemos recibido dolorosas lecciones; pero las hemos aprendido bien. Tuvimos que defendernos, casi inermes, contra las ansias imperialistas de las potencias más poderosas de la Tierra: España, Inglaterra, Francia y Estados Unidos; eso nos convirtió en apasionados nacionalistas y en decididos defensores del principio de la autodeterminación de los pueblos. El férreo centralismo de los virreyes nos hizo intransigentes federalistas. Los dos espurios imperios que padecimos -el de Iturbide y el de Maximiliano- nos hicieron frenéticos republicanos. Las dos odiosas dictaduras -la de Santa Ana y la de Porfirio Díaz- nos hicieron anhelar la democracia; y las lacerantes desigualdades que ese injusto proceso generó a partir de la Conquista española, nos ha conducido por el generoso camino del liberalismo social, a través del cual debemos seguir hasta lograr redimir a las grandes masas de mexicanos que ese proceso dejó marginados.

No podemos variar ese camino sin perder el rumbo. Los mexicanos de hoy no tenemos el derecho de cambiarlo, porque nosotros no lo hicimos; fueron muchos

millones de mexicanos que en el pasado lucharon para descombrarlo. Edmundo O'Gorman en su libro: "México. El Trauma de su Historia" refiriéndose al pecado original de nuestros primeros constituyentes que olvidaron nuestro pasado histórico dijo: "... el pasado, por más malo que pueda parecer, no es un mero accidente que pueda desecharse en un momento dado como si fuera una camisa sucia". Por su parte, Mariano Otero en uno de sus brillantes discursos parlamentarios, dijo siguiendo a Laplace: "En la historia, como en el mundo físico, debemos ver el estado presente como el efecto del estado anterior y como la causa del que le va a seguir". Así se concatenan, imposterablemente, los hechos del pasado y del futuro.

El neoliberalismo que se está proponiendo en las cúpulas globalizadoras del mundo, no es nuestro camino. Su concepción individualista de la economía, agravaría nuestras desigualdades sociales. Esa teoría, que es una réplica moderna del liberalismo clásico decimonónico, concibe la igualdad social como condición, no como objetivo, lo cual resulta incompatible en un país como el nuestro, donde aún tenemos 12 millones de indígenas que no hablan el idioma castellano y viven en zonas de alta marginación; que, junto a los demás campesinos pobres que "arañan" la tierra en las zonas áridas de nuestro territorio y los que, abigarradamente, se debaten en la indigencia en los cinturones de miseria de las grandes ciudades, integran el deplorable pauperismo nacional, que asciende a una cifra cercana a los 40 millones de mexicanos.

Ante esta dolorosa realidad procede hacernos varios cuestionamientos ¿Cómo es posible que esto esté sucediendo si sabemos que en los tres movimientos sociales más trascendentales en la historia de México: Independencia, Reforma y Revolución, triunfaron los liberales? ¿Por qué, entonces, los pobres nunca fueron redimidos? ¿Por qué las cosas permanecieron siempre igual: los ricos siguieron ricos y los pobres siguieron pobres? ¿Qué hubiera sucedido, entonces, si los conservadores hubieran ganado? ¿Se transigieron los objetivos de esos movimientos populares? ¿O será, acaso, cierto el fatalista apotegma que mencionó José María Luis Mora en uno de sus debates en el sentido de que el capital siempre termina triunfando sobre las masas desvalidas? Para tomar el rumbo adecuado debemos analizar estos interrogantes; las respuestas están también allí, en nuestro proceso histórico.

Concluiremos este libro con una memorable frase pronunciada en los momentos más aciagos de la Patria por ese gran liberal mexicano, don Valentín Gómez Farías: "Me moriría de pesar si llegase a persuadirme que los males de mi Patria son irremediables".

Universidad Veracruzana  
Biblioteca Central

DE MÉXICO EN EL PANTEÓN LIBERAL  
Guerra, publicación de la Facultad de  
Derecho y Ciencias Sociales y Colegio  
de Criminología, de la Universidad  
Autónoma de Nuevo León, se terminó de  
imprimir en Serna Impresos S.A. de C.V.  
durante el mes de marzo  
del año 2000. La edición consta de 1000  
ejemplares, fue coordinada por Samuel  
Flores Longoria, Coordinación  
Administrativa Rafael Martínez Cantú,  
Departamento Editorial de la Facultad  
de Jullian Maldonado Espinoza, Diseño de  
portada, Rodolfo Leal Herrera, Ejecución  
diseños interiores Supervisión Alicia  
Martínez Aguilar y María Gregoria Parra  
Rodríguez.

H  
q  
p  
d  
l  
o  
A  
r  
v  
c  
E  
c  
l  
s  
c  
b  
c  
t

Historia de la Universidad  
"Abel Ángel Brianti"





Mil novecientos noventa y nueve  
175 Aniversario de la Primera Cátedra  
de Derecho en el Estado

acercarnos al arte indígena con sensibilidad estética occidental. Desde la fiel representación de lo real, por sucesivas esferas de abstracción, el indio se eleva hasta llegar a lo más inconsútil e ideal. Entre polos de un extremo realismo y de suprema abstracción el nahoa organiza en su conciencia el orden cósmico. De aquí que su sentido poético descanse en la tupida red de la fantasía oculta tras las cualidades inmediatas de las cosas; de aquí, también, su "desasimiento" del mundo, su capacidad para alejarse de la realidad y del universo de objetos tangibles".<sup>1</sup>

Los indios de México quieren seguir siendo indios. Ya no están dispuestos a aceptar más sincretismos; con el religioso tuvieron. Todo se los han querido sincretizar, lo cual significa una falta de respeto a lo suyo. Ya no quieren ser considerados como atracción turística, ni como parte del paisaje como los magueyes, los volcanes, las mariposas, ni como folklore de mural. Exigen el digno lugar que les corresponde en su patria, y el respeto a su peculiar concepción del mundo y de la vida.

Debemos repensar nuestro pasado, contextualizar históricamente la vida de nuestros indios y el desarrollo de sus culturas originales. Tal vez nos resulte difícil comprender algunas de sus características fundamentales. Entre ellas, su diferente concepción de la naturaleza y de la ubicación del hombre en el cosmos. En las culturas indígenas la naturaleza no es vista como enemiga, sino al contrario, el hombre cumple su destino existencial en la medida en que establece con ella una identidad tal, que contribuya a conservar la suprema armonía cósmica. Es una relación de respeto y reciprocidad. De ahí que el trabajo para obtener "el pan de cada día" no constituya un castigo, como se le considera en las civilizaciones occidentales, sino un medio de ajustarse a esa armonía con la naturaleza, que es la que les proporciona su sustento. Ese mutualismo biológico; esa simbiosis natural y simple constituye su más profunda filosofía, y es la base de su mitología y de su cosmovisión. Para el indio la relación del hombre y la naturaleza es parte muy importante del engranaje que mantiene el orden del universo. Lo que desde hace apenas unos años las culturas que se consideran base de la civilización actual han dado en llamar: equilibrio ecológico.

Fernando Benitez, ese escritor mexicano que tanto nos ha revelado de nuestras cosas pasadas, nos cuenta una simpática anécdota relacionada con un indio a quien todos los días él observaba acercarse a unas escolleras con una caña de pescar y que generalmente, en un término aproximado de media hora sacaba un pez y se retiraba. Un día se acercó al indio y le dijo: ¿Por qué no te quedas una hora y pescas dos? Uno te lo comes y el otro me lo vendes" El indio se limitó a sonreír como diciendo: "Prefiero no responderte", y se fue. Benitez se quedó con la impresión -definitivamente cierta- de que había una relación mágica entre la diosa de los peces y el indio, a quien le proporcionaba con su ofrenda diaria su alimento y él no era capaz de exigirle más. Como seguramente también lo hacía la diosa del maíz y todas las demás que le proveían diariamente. Igualmente nos refiere Benitez que un indio tepehuán quien trabajaba dos días en el aserradero, al preguntarle por qué

<sup>1</sup> Ob. cit. Pág. 171

no trabajaba cinco días, le respondió: "Con dos días me basta para vivir una semana. Los otros días trabajo en mi parcela, pesco, platico con mis amigos y pienso muchas cosas".

"La imagen del indio dormido a la sombra de un nopal no es tan arbitraria; piensa en sus dioses, en sus muertos, analiza su vida, recuerda mitos, trata de dar un sentido profundo a su vida espiritual, ahorra su energía sin malgastarla en quehaceres o en acciones que para él no son importantes. Quizá esta manera de entender el tiempo no sea útil a la economía nacional, pero después de todo, disponer lo más posible del tiempo libre es la máxima aspiración, también, de todos los civilizados".

Lamentablemente, a partir de la Conquista los indios sufrieron grandes transformaciones en su alma. Sus teocallis fueron derrumbados, sus pirámides convertidas en montones de ruinas, sus ídolos de antaño rodaron por el suelo, sus más firmes certezas habían sido negadas por la fuerza pragmática de los sucesos, y la tierra . . . ¡la tierra! . . . atadura maternal de su universo, se la habían quitado, con eso su vida perdió su enlace cósmico y quedó inconexa en un mundo sin sentido. Para agravar más la situación resultó que entre la religión católica que les fue impuesta y sus ancestrales creencias religiosas, había profundos antagonismos teológicos, por cuya razón los indígenas nunca alcanzaron a comprender el dogmatismo cristiano y en cambio, transmutaron sus viejos ritos ceremoniales, e hicieron una absurda yuxtaposición de elementos religiosos derivados de uno y otro culto, ante la complacencia de los misioneros que lo permitían con tal de lograr la conversión. Esa circunstancia provocó una confusión de ambas religiones y el híbrido fue una terrible deformación conceptual. Esta fue la causa de que durante siglos nuestros indios hayan vivido bajo la pesadumbre del miedo trascendente hacia el pecado y hacia su condena eterna: el infierno. Ese miedo en algunas etapas se convirtió en terror escatológico o apocalíptico. Acaso por eso, los indios concebían la historia como fatalidad y catástrofe. Acaso por eso su mutismo, su indiferencia, su desconfianza a toda culturación que les sea ajena. Saben por triste experiencia que cada vez que los forasteros se le han acercado, sea cual haya sido el pretexto, el saldo ha sido negativo.

El maestro Moisés Sáenz en su espléndido libro "México Integro" nos reafirma esas ideas y exclama: "¡El indio tiene paciencia de eternidad! Eso lo hace refractario a cualquier cambio planteado desde afuera. La frase clisé "Incorporar al indio a la civilización" debería ser cambiada por la de "incorporar la civilización al indio".

Esa paciencia eterna que el maestro Sáenz atribuye a nuestros indios, parece ser que se está agotando. Sus demostraciones de rebeldía en el Sur del país son signos evidentes de su malestar, y de que las reformas constitucionales del artículo 4o. obedecieron más a una festinación conmemorativa de los 500 años del encuentro de Cristóbal Colón con nuestro Continente, que a un serio propósito de emancipar y reivindicar al indio.

De cualquier manera, aunque imperfecta y limitada, ahí está la norma constitucional. Los nuevos planteamientos de los grupos indígenas habrán de concurrir para hacerle